

fondo, en el rico y poblado fondo de su sér. El único recurso que quedó entonces a los devotos de este inmenso talento (que ya los tenía incontables) fué contemplar la testa de Pacheco, como se mira al cielo, con la certeza de que Dios está detrás disponiéndolo todo. La testa de Pacheco presentaba una superficie lisa, amplia y lustrosa. Y muchas veces junto a él, Consejeros y Directores Generales, balbuceaban maravillados: «¡No es necesario más! ¡Basta ver aquella testa!»

Pacheco formó parte luego de las principales Comisiones parlamentarias. Nunca, sin embargo, accedió a redactar un proyecto, desdeñoso de las especialidades. Apenas alguna vez tomaba en silencio una nota. Y cuando salía de su concentración, estirando el dedo, era para lanzar alguna idea general sobre el Orden, el Progreso, el Fomento, la Economía. Había en esto la evidente actitud de un inmenso talento que (como insinuaban sus amigos guiñando el ojo con finura) «espera llegar arriba». Por lo demás, Pacheco mismo enseñaba (esbozando con su gruesa mano el vuelo superior de un ala sobre una copuda arboleda) que el «talento verdadero sólo debía conocer las cosas «por las ramas».

Este inmenso talento no podía dejar de contribuir a los Consejos de la Corona. Pacheco, en un cambio ministerial (provocado por una tremolina) fué ministro, e inmediatamente se notó qué maciza consolidación viniera a dar al Poder el inmenso talento de Pacheco. En su departamento (que era el de Marina), Pacheco no hizo, durante los largos meses de gobierno, «absolutamente nada», como insinuaran tres o cuatro espíritus acerbos y estrechamente positivos. Mas por primera vez, durante este régimen, la nación dejó de sentir dudas e inquietudes sobre nuestro Imperio Colonial. ¿Por qué? Porque estaba seguro de que últimamente los supremos intereses de este Imperio habían sido confiados a un inmenso talento, al talento inmenso de Pacheco.

En las sesiones, Pacheco rara vez

salía de su silencio repleto y fecundo. A veces, sin embargo, cuando la oposición se tornaba clamorosa, Pacheco descruzaba los brazos y tomaba lentamente una nota con lápiz; y esta nota, trazada con saber y con madurísimo pensar, bastaba para cohibir y anonadar a la oposición. ¡Es que el inmenso talento de Pacheco llegó a inspirar en las Cámaras, en las Comisiones, en todos los Centros, un saludable terror disciplinario! ¡Ay de aquel sobre quien fuera a desatarse colérico tan inmenso talento! ¡Ya tenía segura una humillación! ¡Así dolorosísimamente lo experimentó el pedagogo que un día se lanzó a acusar al señor ministro del Reino (entonces Pacheco dirigía el Reino) de descuidar la Instrucción del país! Ninguna recriminación podía ser más sensible a aquel inmenso espíritu, que en frase marmórea y succulenta enseñara que «un pueblo sin Institutos es un pueblo incompleto». Estirando el dedo (gesto siempre tan suyo), Pacheco aplastó al hombre temerario con estas palabras tremendas: «Al ilustre diputado que me censura, sólo tengo que decirle que en estas cuestiones de Instrucción Pública, su excelencia ahí, en esos bancos, da gritos, y yo aquí, en este sillón, hago luz». Yo estaba en la tribuna pública en aquel supremo momento, y no recuerdo haber oído jamás en una asamblea de hombres una tan apasionada racha de aclamaciones. Creo que fué a los pocos días cuando Pacheco recibió la gran cruz de la orden de Santiago.

El inmenso talento de Pacheco se tornaba poco a poco un credo nacional. Viendo qué inquebrantable apoyo daba aquel inmenso talento a las instituciones a que servía, todos le apetecieron. Pacheco comenzó a ser Director General de Compañías y de Bancos Cobiado por la Corona, penetró en el Consejo de Estado. Su partido reclamó ávidamente que Pacheco fuese su jefe. Por los otros partidos se ayudaba con sumisa reverencia a su talento. Poco a poco se concentraba la nación en Pacheco.